

Mario se fijó entonces en que ésta estaba llorando y vió que le indicó con el dedo la puerta de una sala baja, por la que el jóven entró.

En la sala, que alumbraba una vela colocada sobre la chimenea, habia tres hombres; uno en pié, otro de rodillas y otro echado en el suelo y en camisa. El último era el coronel. Los otros dos un médico y un sacerdote, que estaba orando.

Hacia tres dias que el coronel tuvo un ataque de fiebre cerebral; al principio de la enfermedad le asaltó el presentimiento de que iba á morir y escribió al señor Gillenormand para que su hijo fuera á verle. Empeoró, y el dia de la llegada de Mario tuvo un acceso de delirio; se levantó de la cama y salió de la alcoba hasta la sala, cayendo al suelo y gritando:—Mi hijo no viene! ¡Voy á buscarle!...

Acababa de espirar.

Llamaron al médico y al cura, pero uno y otro llegaron demasiado tarde. Lo mismo que su hijo.

A la luz crepuscular de la vela se veia en la mejilla del pálido y tendido coronel una lágrima que fluyó del ojo ya moribundo; el ojo se apagó, pero la lágrima no se habia secado aun. Aquella lágrima significaba la tardanza de su hijo.

Mario le examinaba por primera y última vez: contempló la fisonomía venerable y varonil del coronel, sus ojos abiertos, que no miraban; sus cabellos blancos, sus miembros robustos, en los que se veian aquí y allá líneas oscuras, que eran sablazos, y una especie de estrellas rosadas, que eran agujeros de balas. Contempló la gigantesca cicatriz que imprimía sello de heroísmo á la fisonomía que Dios marcó con el sello de la bondad. Pensó que aquel hombre era su padre, que era cadáver, y se quedó inmóvil.

Experimentó la tristeza que le hubiera sobrecogido ante cualquier otro cadáver; y sin embargo, en aquella sala se respiraba el dolor, y un dolor punzante. La criada sollozaba en un rincon, el cura rezaba, también entre sollozos; el médico se secaba las lágrimas y el muerto también lloraba.

El médico, el sacerdote y la criada miraban á Mario al través de su aficcion, sin decirle una palabra: él era allí un extraño; de no estar conmovido se avergonzaba y se veia en situacion embarazosa, y dejó caer al suelo el sombrero que

tenia en la mano, para hacer creer que el dolor le quitaba la fuerza necesaria para sostenerlo.

Al mismo tiempo tenia como remordimiento y se reconvenia á sí mismo por obrar así. Pero era culpa suya?

El coronel no dejó bienes ni dinero. La venta de sus muebles apenas alcanzó para pagar el entierro. La criada encontró un pedazo de papel escrito, que entregó á Mario; escrito estaba de puño y letra del coronel. Su hijo lo leyó; decia así:

“PARA MI HIJO.—El emperador me hizo baron en el campo de batalla de Waterlloo. La Restauracion me niega este título, que he comprado con mi sangre; mi hijo lo heredará y lo usará. No dudo en creer que será digno de él.—En la batalla de Waterlloo me salvó la vida un sargento; se llama Thenardier. Creo que estos últimos años tenia una posada en un pueblo de los alrededores de Paris, en Chelles ó en Montfermeil. Si mi hijo le encuentra, que haga por él todo lo que pueda.”

Mario dobló y guardó este papel, no por cariño á su padre, sino por el vago respeto á la muerte, que tan imperiosamente vive en el corazon del hombre.

Nada quedó de lo perteneciente al coronel. El señor Gillenormand vendió á un prendero la espada y el uniforme. Los vecinos estropearon el jardin y cogieron las flores más raras; las plantas se convirtieron en abrojos y en maleza y murieron.

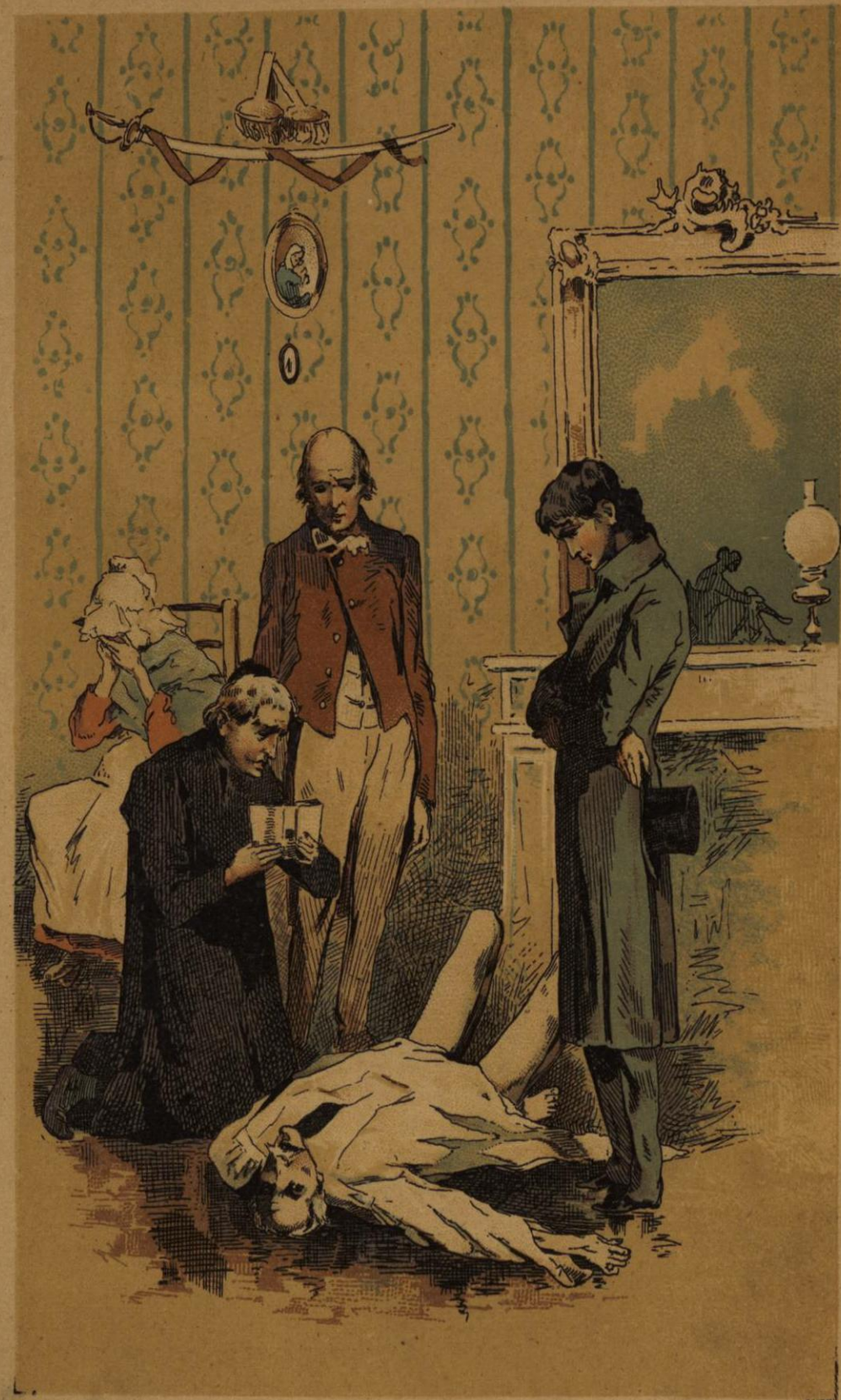
Mario no permaneció en Vernon más que cuarenta y ocho horas. Despues del entierro de su padre volvió á Paris y se entregó con ardor al estudio de las leyes, olvidándose de su padre como si nunca hubiera existido. A los dos dias enterraron al coronel y á los tres le olvidaron.

Mario llevaba gasa en el sombrero; á esto se redujo todo.

V.

Utilidad de ir á misa para convertirse en revolucionario.

Mario conservaba los hábitos religiosos de la infancia. Un domingo que fué á misa á San Sulpicio, á la capilla de la Virgen, donde le llevaba su tia cuando era pequeño, distraido y más pensativo que habitualmente, se situó detrás de un pilar y se arrodilló, sin advertirlo, sobre una silla de terciopelo de Utrech, en cuyo respaldo estaba escrito: *Señor Babeuf, mayordomo*. Apenas comenzó la



MUERTE DEL CORONEL PONTMERCY.

misa se llegó hasta él un anciano y le dijo:

—Caballero, ese es mi sitio.

Mario le dejó al momento y el viejo ocupó su silla.

Terminada la misa, el anciano volvió á acercarse á Mario, que se habia quedado pensativo, y le habló del modo siguiente:

—Os pido perdon de haberos molestado antes y de distraeros ahora; habreis creido que era un impertinente y debo daros una explicacion.

—Es inútil, caballero, le contestó Mario.

—No, porque no quiero que tengais mala idea de mí. Este sitio es mio, porque me parece que en él se aprovecha más la misa. Vais á saber por qué lo creo así. A este mismo sitio acudia por espacio de diez años, cada dos ó tres meses, un desdichado padre que no tenia otro medio ni otra ocasion de ver á su hijo, porque se lo impedian cuestiones de familia. Acudia aquí á la hora en que sabia que traian á su hijo á misa. El niño ignoraba que estaba aquí su padre; quizás el inocente no le conocia. El padre se situaba detrás de una columna para que no le viesen: miraba á su hijo y lloraba. Cuánto le queria! ¡Estoy convencido de ello! Este sitio está, pues, santificado para mí, y he adquirido la costumbre de oír en él la misa. Lo prefiero al sillón de la mayordomía, que yo debia ocupar. Traté luego al caballero de que os hablo. Tiene suegro y una tia rica y parientes que amenazaban desheredar á su hijo si le veia, y se sacrificaba por que mañana su hijo fuera rico y feliz. Le separaban de su familia las opiniones políticas. Yo apruebo el que se tenga opinion política, pero no que se exagere hasta ese extremo. Porque un hombre se encuentre en la batalla de Waterlóno ha de ser un mónstruo, y ese no es motivo para separar á un padre de su hijo. El caballero de que os hablo era coronel del emperador y ha muerto ya. Vivía en Vernon, cuyo cura es hermano mio, y se llamaba Pontuarie ó Montpercy... una cosa así. Tenia en la cara una cicatriz grande...

—Se llamaba Pontmercy, contestó Mario palideciendo.

—Eso es. Le habeis conocido?

—Era mi padre.

El viejo mayordomo, juntando las dos manos, exclamó:

—Ah!... sois su hijo! Sí; ahora debe ser ya hombre. Pues bien; podeis jactaros de

haber tenido un padre que os quiso entrañablemente.

Mario ofreció el brazo al anciano y le acompañó á su casa.

Al dia siguiente dijo á su abuelo:

—He arreglado con unos amigos una partida de caza. ¿Me dejais ir por tres dias?

—Por cuatro, le contestó el señor Gillenormand; anda, diviértete.

Despues, guiñando el ojo á su hija, le dijo:

—Algun amorcillo.

VI.

Consecuencias de haber encontrado á un mayordomo.

¿Adónde fué Mario ya lo veremos más adelante. El jóven estuvo ausente tres dias, despues regresó á Paris y se fué directamente á la Biblioteca de la escuela de Derecho y allí pidió la coleccion del *Monitor*.

Leyó el *Monitor*, leyó la historia de la República y la del Imperio, el Memorial de Santa Elena, Memorias, periódicos, proclamas, todo lo devoró. La primera vez que encontró el nombre y el apellido de su padre en el boletín del grande ejército estuvo febricitante una semana entera. Visitó á los generales á cuyas órdenes habia servido Jorge Pontmercy, entre otros al conde H. El mayordomo Babeuf, á quien volvió á ver, le refirió la vida que llevaba el coronel en Vernon y le habló de su retiro, de su soledad y de sus flores. Mario llegó á conocer perfectamente al hombre raro, sublime y tierno que fué su padre, especie de leoncordero.

Entre tanto, preocupado con el estudio, que le consumia todo el tiempo y todos sus pensamientos, casi no veia á su abuelo ni á su tia. Se presentaba á las horas de comer; despues le buscaban, pero él ya no estaba en casa. La tia murmuraba, Gillenormand se sonreia:—Bah! Bah! está en la edad de los amoríos! exclamaba; alguna vez añadia:—Demonio! Creia que se distraia, pero voy viendo que debe sentir una pasion.

En efecto, Mario sentia una pasion; iba adorando á su padre.

Extraordinario cambio se verificaba en sus ideas. Las fases de ese cambio fueron numerosas y sucesivas, y como esta es la historia de muchos talentos de nuestra época, creemos útil seguir estas fases paso á paso é indicarlas todas.

La historia en la que fijaba la vista le

deslumbró: el deslumbramiento fué el primer efecto que le produjo.

La República y el Imperio habían sido hasta entonces para él dos palabras monstruosas: la República una guillotina en un crepúsculo; el Imperio un sable en el fondo de la noche. Pero estudió ambos períodos, y donde solo esperaba encontrar un caos de tinieblas, vió con inaudita sorpresa, con temor y con alegría, brillar astros como Mirabeau, Vergniaud, Saint-Just, Robespierre, Camilo Desmoulins y Danton, y salir un sol, Napoleón. Retrocedía extraviado y ciego ante tanta claridad. Pasado el primer asombro, se acostumbró á aquellos resplandores; libre ya del vértigo, contempló sus actos, examinando á los personajes sin terror, y la Revolución y el Imperio se colocaron luminosamente en perspectiva ante sus ojos; vió á cada uno de los dos grupos de acontecimientos y de hombres reunirse en dos grandes hechos: la República en el de la soberanía del derecho civil restituida al pueblo, y el Imperio en el de la soberanía de la idea francesa impuesta á la Europa; vió salir de la Revolución la gran figura del pueblo y del Imperio la gran figura de la Francia. En el fondo de su conciencia aplaudió estos dos grandes hechos.

Lo que su deslumbramiento pasó por alto en su primera apreciación, demasiado sintética, no creemos necesario indicarlo. Lo que queremos describir es el estado de su espíritu en marcha, y los progresos no se hacen en una sola etapa.

Dicho esto ya una vez para siempre, así para lo que precede como para lo que sigue, continuemos.

Conoció entonces Mario que hasta aquel momento no había comprendido ni á su patria ni á su padre; desconocía á aquella y á éste, teniendo voluntaria venda en los ojos. Ahora que le caía ésta y veía claro, admiraba por una parte y por otra adoraba.

Apesadumbrado y lleno de remordimientos, pensaba con desesperación que no podía comunicar lo que encerraba en el alma más que á una tumba. Oh! si su padre viviese, hubiera corrido á buscarle y á precipitarse en sus brazos, gritándole:

—Padre! mirame! ¡soy yo, que tengo el mismo corazón que tú!... Soy tu hijo!

Hubiera Mario besado su encanecida frente, inundado sus cabellos de lágrimas, contemplando respetuosamente la cicatriz. ¿Por qué murió su padre prematuramente, antes de efectuarse la jus-

tificación, antes de poseer el cariño de su hijo?

Al mismo tiempo que Mario sentía esta pesadumbre se hacía más formal, más grave; se afirmaba en su fé y en sus ideas. A cada instante un rayo de la luz de la verdad venía á completar su razón, verificándose en él un verdadero crecimiento interior. Sentía una especie de engrandecimiento natural, producido por dos cosas nuevas para él: la patria y su padre.

Como sucede cuando se posee una clave, todo se abría para él; se explicaba lo que había aborrecido y penetraba en lo que había condenado. Veía con claridad el sentido providencial, divino y humano de los grandes sucesos que le enseñaron á detestar y de los grandes hombres que le enseñaron á maldecir.

Cuando recordaba sus antiguas ideas, que eran de ayer, y le parecían viejas, se indignaba y se sonreía.

De la rehabilitación de su padre llegó naturalmente á la rehabilitación de Napoleón; pero debemos hacer notar que ésta no se verificó sin gran trabajo.

Desde la niñez imbuyeron á Mario el juicio que el partido de 1814 había formado respecto á Bonaparte, y todas las preocupaciones de la Restauración, sus intereses y sus instintos, tendían á desfigurar á Napoleón; le execraban más que á Robespierre.

La Restauración explotó hábilmente el cansancio de la nación y el odio de las madres, y Bonaparte llegó á aparecer como monstruo casi fabuloso. Para presentarle ante la imaginación del pueblo, que se parece á la de los niños, el partido de 1814 evocaba sucesivamente los ideales más horribles, desde lo terrible y grandioso hasta lo terrible y grotesco; desde Tiberio hasta el Coco.

Representando así á Bonaparte, cada uno era libre de sollozar ó de reventar de risa, con tal de que todos le odiasen. Mario tenía esas ideas acerca del gran capitán y se habían combinado en su espíritu con la tenacidad propia de su carácter. Había realmente dentro de él otro jovenzuelo testarudo que odiaba á Napoleón.

Pero leyendo la historia y estudiándola en los documentos y en los materiales, se fué poco á poco rasgando el velo que tapaba á Mario la figura de Napoleón. Entrevió algo inmenso y sospechó que estaba equivocado respecto á Bonaparte, como lo estuvo respecto á lo demás. Cada día veía más claro y empezó

á subir lentamente, paso á paso, primero casi con sentimiento y después con embriaguez, atraído por irresistible fascinación, los escalones sombríos primero, luego los vagamente alumbrados, y por último los luminosos y radiantes del entusiasmo.

Una noche estaba solo en su cuarto, lindante con el tejado. Con la vela encendida leía, apoyado de codos sobre la mesa, teniendo abierta la ventana al lado. Multitud de pensamientos salían del espacio y se mezclaban á sus ideas. La noche ofrece espectáculo magnífico. Oyense ruidos sordos, que no se sabe de dónde vienen; centellea como una chispa Júpiter, que es mil doscientas veces mayor que la tierra; el azul es negro, las estrellas brillan; esto es imponente.

Leía los boletines del grande ejército, esas estrofas homéricas escritas sobre el campo de batalla: veía en ellos de vez en cuando el nombre de su padre y en todos el nombre del emperador; aparecía á su vista el gran imperio; sentía como una marea que subía de su interior; en momentos dados le parecía que su padre pasaba por su lado como un soplo y que le hablaba al oído; ibase poco á poco abstrayendo; creía oír los tambores, el cañón, las cornetas, el paso mesurado de los batallones, el galope sordo y lejano de la caballería; de tiempo en tiempo sus ojos se elevaban al cielo y veían brillar en las profundidades sin fondo las colosales constelaciones, y después los inclinaba hácia el libro y veía moverse confusamente otras cosas colosales. Sentía oprimido el corazón. Estaba enagenado, tembloroso, anhelante. De repente, sin saber lo que por él pasaba ni á quién obedecía, se levantó, extendió los brazos fuera de la ventana, miró fijamente en la oscuridad y en el silencio al infinito tenebroso, á la inmensidad eterna, y gritó:

—Viva el emperador!

Desde aquel momento el ogro de Córcega, el usurpador, el tirano, el monstruo incestuoso, el histrion que recibía lecciones de Talma, el envenenador de Jafa, el tigre, Bonaparte, todo esto desapareció y dejó su sitio en su espíritu á un vago y luciente fulgor, entre el que brillaba á inaccesible altura el pálido fantasma de mármol de César. El emperador solo fué para el padre de Mario el capitán querido, á quien admira y por quien se sacrifica el soldado; para Mario fué algo más; fué el conductor predestinado del grupo francés, sucesor del grupo romano en la

dominación del universo; fué el prodigioso arquitecto de un cataclismo, el continuador de Carlo-Magno, de Luis XI, de Enrique IV, de Richelieu, de Luis XIV y del Comité de salvación pública; que como hombre tenía sus defectos, sus faltas y hasta su crimen, pero era grande en sus faltas, brillante en sus manchas y poderoso en su crimen. Fué el hombre predestinado para obligar á todas las naciones á que llamasen á la Francia *la gran nación*; fué propiamente la encarnación misma de la Francia, conquistando la Europa con la espada y al mundo con la luz que despedía. Mario vió en Bonaparte el espectro deslumbrador que se levantará siempre en la frontera y que guardará el porvenir. Déspota, pero dictador; déspota hijo de una república y símbolo de una revolución, Bonaparte fué para Mario el Hombre-Pueblo, así como Jesucristo era el Hombre-Dios.

A Mario le sucedió como á todos los recién convertidos á una religión; le embriagaba la conversión, precipitándole y llevándole demasiado lejos. Su temperamento era de este modo; puesto en la pendiente le era imposible detenerse: el fanatismo por el sable le arrebató y se complicaba en su espíritu con el entusiasmo por la idea. No conocía que al admirar el génio admiraba la fuerza, es decir, que instalaba en los dos recintos de su idolatría lo divino y lo brutal. Bajo diversos conceptos estaba otra vez equivocado. Todo lo admitía. Hay un modo de encontrar el error caminando hácia la verdad. Poseía una especie de buena fé violenta que todo lo abrazaba en conjunto. En la nueva vía que entró, al juzgar los errores del antiguo régimen como al juzgar la gloria de Napoleón, despreciaba las circunstancias atenuantes.

Sea como fuere, había dado un paso inmenso. En donde antes vió la caída de la monarquía, veía ahora el porvenir de Francia. Cambió de oriente. Lo que fué para él Ocaso era ahora Levante. Dió una vuelta completa.

Estas revoluciones se verificaban en él sin que su familia lo sospechase.

Cuando en su misteriosa metamorfosis perdió por completo su antigua piel de borbónico y de ultra; cuando se despojó del traje de aristócrata y de realista; cuando fué revolucionario, profundamente demócrata y casi republicano, se dirigió á casa de un grabador de la calle de Orfevres y le mandó hacer

cien tarjetas con esta inscripcion: *El baron Mario Pontmercy.*

Esta era la lógica consecuencia del cambio que se verificó en él, cambio en el que todo gravitaba alrededor de su padre. Pero como no conocia á nadie y no podia dejar las tarjetas á ningun portero, se las guardó en el bolsillo. Por otra consecuencia, tambien natural, á medida que se acercaba más á su padre, á su memoria y á los ideales por los que el coronel se habia batido durante veinticinco años, se alejaba más de su abuelo. Dijimos que hacia ya algun tiempo que le desagradaba el genio del señor Gillenormand. Entre ambos habia todas las disonancias que puede haber entre un jóven grave y un viejo frívolo. La alegría de Jeronte repugna y exaspera la melancolía de Werther. Mientras tuvieron las mismas opiniones é ideas políticas, Mario se encontró como en un puente con el señor Gillenormand; pero cuando el puente se hundió, los separó un abismo. Además, Mario sentia inexplicables impulsos de rebelion cuando recordaba que su abuelo, por estúpidos motivos, le habia separado brutalmente del coronel, privando al hijo del padre y al padre del hijo.

A fuerza de compadecer á su padre, llegó casi á tener aversion á su abuelo.

Pero nada de esto se traslucia. Unicamente Mario cada dia se mostraba más frio y más lacónico en la mesa y estaba fuera de casa con más frecuencia.

Cuando le reprendia su tia era muy respetuoso y alegaba por pretexto sus estudios, el curso, los exámenes, las conferencias, etc. El abuelo no salia de su infalible diagnóstico:—Está enamorado. Ya sé lo que son esas cosas.

Mario, de vez en cuando, se ausentaba por algunos dias.

—A dónde irá? se preguntaba la tia.

En uno de sus cortos viajes fué á Montfermeil á cumplir el encargo de su padre, esto es, á buscar al veterano sargento de Waterlío, al posadero Thenardier.

Este habia quebrado; encontró cerrada la posada y nadie le supo decir qué habia sido de él. Mario, durante estas investigaciones, estuvo fuera de su casa cuatro dias.

—Decididamente, dijo su abuelo, este muchacho se extravía.

Su abuelo y su tia notaron que Mario llevaba bajo la camisa, sobre el pecho, algo que pendia de una cinta negra que le colgaba del cuello.

VII.

Algun amorcillo.

El lancero que antes citamos era un sobrino tercero del señor Gillenormand por parte de padre, y que llevaba, lejos de la familia y del hogar doméstico, la vida de guarnicion.

El teniente Teodulo Gillenormand era un hermoso oficial. Tenia cuerpo "de señorita", cierta manera triunfal de arrastrar el sable y bigote retorcido.

Iba á Paris tan pocas veces, que Mario no le habia visto nunca. Los dos primos solo se conocian de nombre.

Teodulo era, segun hemos dicho ya, el favorito de su tia Gillenormand, que le preferia porque le veia raras veces, y no ver á las personas permite suponer en ellas toda clase de perfecciones.

Una mañana la señorita Gillenormand entró en su cuarto, tan agitada como se lo permitia su estado de indiferencia. Mario acababa de pedir permiso á su abuelo para hacer otro viaje, pensando partir aquella misma noche.

Se lo concedió aquel, el que añadió para sí:—¡Es reincidente en dormir fuera de casa!...

La señorita Gillenormand entró en su cuarto muy cavilosa, exclamando:

—Esto ya es demasiado!... Pero ¿dónde vá?...

Entreveia alguna aventura amorosa, más ó menos lícita; veia en la oscuridad una mujer, una cita, un misterio, y no la hubiera disgustado poderla distinguir con el lente. Catar un misterio es como alcanzar las primicias de un escándalo, y esto no lo detestan las gentes más santurronas.

Existe en los secretos receptáculos de la mojigatería cierta curiosidad hácia el escándalo.

Veíase, pues, que le dominaba el vago apetito de saborear ese secreto.

Para distraer la curiosidad, que la agitaba más de lo ordinario, se refugió en sus habilidades y se puso á festonear con algodón y sobre algodón uno de esos bordados en boga durante el Imperio y durante la Restauracion, en el que se ven muchas ruedas de cabriolé. La obra era tosca y la obrera brusca.

Al poco rato de dedicarse á la susodicha faena se abrió la puerta de su cuarto. La señorita Gillenormand levantó la nariz y se encontró ante el teniente Teodulo, que la hacia el saludo de ordenan-

za. Dió un grito de alegría. La mujer puede ser vieja, mojigata, devota y tia, pero siempre se alegra de ver entrar en su cuarto á un lancero.

—Tú aquí, Teodulo! exclamó.

—De paso, querida tia.

—Pero ven! abrázame!

—Con mucho gusto, contestó Teodulo.

La abrazó. La tia Gillenormand tomó su secreter y lo abrió.

—¿Vendrás á pasar con nosotros una semana lo menos?

—Me marchó esta tarde, tia.

—Eso no es posible!

—Es preciso.

—Quédate, Teodulito; yo te lo ruego.

—El corazon me dice que sí, pero la consigna me dice que no. Me trae el siguiente motivo: cambiamos de guarnicion; estábamos en Melun y nos llevamos á Gaillon; para ir de una parte á la otra hemos de pasar por Paris, y por eso yo he dicho:—Voy á ver á mi querida tia.

—Pues toma, por la molestia que eso pueda causarte.

Le puso en la mano diez luises.

—Por el placer querreis decir, mi querida tia.

Teodulo la abrazó por segunda vez, y ella tuvo el placer de que la rozara un poco el cuello con los cordones del uniforme.

—Viajas á caballo con el regimiento?

—No, tia. Quería veros y saqué un permiso especial. El asistente lleva mi caballo y yo iré en la diligencia. A propósito, tengo que preguntaros una cosa.

—Qué cosa?

—¿Está tambien de viaje mi primo Mario Pontmercy?

—Cómo lo sabes? exclamó súbitamente la tia, excitada en lo más vivo de su curiosidad.

—Al llegar fuí á la diligencia á tomar un asiento de berlina.

—Y qué?

—Habia ido antes á tomar un asiento en el imperial, y he visto el nombre en la hoja de la administracion.

—Qué nombre era ese?

—Mario Pontmercy.

—Ah, pícaro! exclamó la tia. Tu primo no tiene juicio como tú. ¡Saber que vá á pasar la noche en una diligencia!...

—Como yo.

—Tú la pasarás por obligacion, pero él por desórden.

—Ah!... exclamó Teodulo.

En este instante le sucedió una cosa notable á la señorita Gillenormand; le ocurrió una idea. Si fuera hombre se

hubiera dado una palmada en la frente. —Tu primo no te conoce, no es cierto? —No; yo sí que le he visto, pero él nunca se ha dignado fijar en mí la atencion.

—Vais á viajar juntos?

—Sí; él en el imperial y yo en la berlina.

—A dónde vá la diligencia?

—A los Andelys.

—Y Mario vá allí?

—Sí, si no se queda, como yo, en una de las paradas del camino. Yo bajo en Vernon para tomar allí el coche que vá á Gaillon; pero no conozco el itinerario de Mario.

—Mario! qué nombre tan feo! ¡Qué ocurrencia haberle puesto Mario!... ¡A lo menos tú te llamas Teodulo!

—Mejor quisiera llamarme Alfredo, contestó el oficial.

—Escucha, Teodulo.

—Escucho, tia.

—Préstame atencion.

—Decid.

—Mario se ausenta de casa con frecuencia.

—Eh?

—Viaja.

—Ah!

—Duerme fuera de casa.

—Oh!

—Quisiéramos saber el motivo.

Teodulo contestó con la calma del hombre curtido:

—Algun amorcillo.

Luego añadió, sonriendo con esa risa entre carne y cuero que pone de manifiesto la certidumbre:

—Alguna chicuela.

—Es evidente, afirmó la tia, que creyó oír hablar al señor Gillenormand y que llegó á convencerse al oír la palabra *chicuela*, acentuada del mismo modo por el tio que por el sobrino. Despues añadió:

—Pues vas á hacernos un favor. Vas á seguir á Mario; esto te será muy fácil, puesto que no te conoce; supuesto que hay de por medio una mujer, trata de verla. Nos escribirás la aventura y se divertirá el abuelo.

No le venia de cara á Teodulo dedicarse al espionaje; pero le habian conmovido los diez luises y le hacian ver éstos otros en lontananza. Aceptó, pues, la comision y contestó:

—Como querais, tia; diciéndose en voz baja á sí mismo:—Ya estoy convertido en dueña.

La señorita Gillenormand le abrazó.

—Teodulo, tú no harías semejante

cosa, porque tú obedeces á la disciplina, eres esclavo de la consigna, escrupuloso y fiel á tus deberes, y no abandonarias á tu familia por ir á visitar á una chiquela.

El lancero hizo el mismo gesto de satisfaccion que hubiera hecho el ladrón Cartouche si viera que elogiaban su probidad.

En la noche que siguió á este diálogo, Mario subió en la diligencia muy ageno de sospechar que iria en ella vigilado. En cuanto al vigilante, lo primero que hizo fué dormirse profundamente. Argos pasó roncando toda la noche.

Al despuntar el día el mayoral gritó:

—Vernon! relevo de Vernon! ¡Los viajeros de Vernon!

El teniente Teodulo se despertó.

—Ah! exclamó medio dormido aun; aquí es donde debo bajar.

Luego se despejó poco á poco su memoria y se acordó de su tia, de los diez luises y de la promesa empeñada de averiguar el secreto de Mario, y se echó á reir.

—Tal vez ya no estará en el coche, pensó para sí, abotonándose el peto. Pudo quedarse en Poissy, en Triel ó en otros varios puntos de parada, y entonces échale un galgo. ¿Qué diablos voy á escribir entonces á mi tia?

En aquel momento apareció en la vidriera de la berlina un pantalon negro que descendia del imperial.

—Si será Mario? se preguntó el teniente.

Era Mario, en efecto.

Al pié de la diligencia y entre los caballos y los postillones, una muchacha del pueblo vendia flores á los viajeros.

—Compradme flores para las señoras, caballeros, decia.

Mario se acercó á la muchacha y le compró las flores más hermosas que tenia en la cesta.

—Por de pronto, exclamó Teodulo saltando de la berlina, esto ya me interesa. Dónde irán á parar esas flores? A alguna muchacha muy bonita que merezca ramillete tan precioso. Quiero conocerla.

No ya por mandato, sino por curiosidad personal, como los perros que cazan por cuenta propia, se puso á seguir á Mario.

Mario no se fijó en que le seguian. De la diligencia bajaron algunas mujeres elegantes, pero ni las miró; parecia que no veia nada á su alrededor.

—Está enamorado! pensó el lancero.

Mario se dirigió hácia la iglesia.

—Magnifico! exclamó Teodulo. Vá á la iglesia; eso es. Las citas sazonadas con la salsa de la misa son las mejores. Es exquisita la ojeada que pasa por encima de Dios.

Mario llegó á la iglesia, pero no entró; dió la vuelta por detrás de la fachada del templo y desapareció en el ángulo de uno de los estribos del ábside.

—La cita es fuera, dijo Teodulo. Veamos á la muchacha.

Se adelantó de puntillas hácia el sitio en que Mario habia dado la vuelta. Cuando llegó allí se quedó estupefacto.

Mario, con la frente entre las manos, estaba arrodillado sobre la yerba al pié de una tumba; en ella habia deshojado el ramo. En el extremo de la fosa, sobre una meseta que indicaba la cabecera, habia una cruz de madera, negra, en la que se leia este nombre escrito con letras blancas: EL CORONEL BARON DE PONTMERCY.

Mario estaba sollozando.

La muchacha era una tumba.

VIII.

Mármol contra granito.

—Sabemos ya, pues, dónde fué Mario la primera vez que se ausentó de Paris y dónde iba cada vez que el señor Gillenormand decia:—Pasa la noche fuera de casa.

El teniente de lanceros se quedó desconcertado al encontrarse inesperadamente con un sepulcro; experimentó emocion singular y desagradable, que no le era posible analizar y que se fundia en el respeto que le inspiraba una tumba y un coronel. Retrocedió, dejando solo á Mario en el cementerio, influyendo algo la disciplina en su retirada. Se le presentaba la muerte con grandes charreteras y casi la hizo el saludo militar. No sabiendo qué decir á su tia de esto, tomó el partido de no escribirla, y acaso no hubiera tenido ninguna consecuencia el descubrimiento que hizo Teodulo sobre los amores de Mario, si, por una de esas coincidencias misteriosas y casuales, la escena de Vernon no hubiese tenido, por decirlo así, eco en Paris.

Mario regresó á Paris tres dias despues muy temprano; llegó á casa de su abuelo, y cansado de las dos noches que pasó en la diligencia, conoció que tenia

necesidad de reparar su insomnio con una hora de escuela de natacion; subió con rapidez á su cuarto y, quitándose el traje de viaje y el cordon negro que llevaba al cuello, se fué al baño.

El señor Gillenormand se levantó muy temprano, como todos los viejos fuertes; le oyó entrar y subió con toda la ligereza que sus viejas piernas le permitian la escalera del cuarto de Mario, con la idea de abrazarle y de preguntarle al mismo tiempo para ver si averiguaba de dónde venia.

El jóven empleó menos tiempo en bajar que el octogenario en subir, y cuando el señor Gillenormand llegó al cuarto de aquel, ya Mario habia salido de casa.

La cama estaba hecha y sobre ella el traje de viaje y el cordon negro.

—Prefiero esto, dijo el señor Gillenormand.

Un momento despues bajó á la sala, en donde su hija estaba bordando ruedas de cabriolé.

Esta entrada fué triunfal.

El señor Gillenormand llevaba en una mano un leviton de viaje y en la otra el cordon negro.

—Victoria! exclamó; ¡vamos á penetrar el misterio! Vamos á saberlo todo! ¡Vamos á saber los libertinajes del hombre reservado! Esta es la novela y aquí está el retrato.

Del cordon pendia una cajita de tafete negro, muy semejante á un medallón.

El viejo cogió la caja y la contempló algunos momentos antes de abrirla, con el aire de voluptuosidad, de placer y de cólera del pobre famélico que viese pasar ante sus narices una comida magnífica que no fuese para él.

—Aquí indudablemente hay un retrato. Ya conozco esas cosas; solo eso se lleva tiernamente sobre el corazon. Qué tonto es ese chico!... ¡Será probablemente algun mascarón!... ¡Los jóvenes de hoy tienen tan mal gusto!...

—Veamos el retrato, padre, dijo la vieja solterona.

El señor Gillenormand abrió la cajita, apretando un resorte, y solo encontró en ella un papel cuidadosamente doblado.

—De la misma al mismo, exclamó el señor Gillenormand, echándose á reir. ¡Un billete amoroso!

—Leámosle, dijo su hija.

Se puso los anteojos. Desdoblaron el papel y leyeron lo siguiente:

—“PARA MI HIJO.—El emperador me hizo baron en el campo de batalla de Waterlloo. La Restauracion me niega ese título, que he comprado con mi sangre; mi hijo lo heredará y lo usará. No dudo en creer que será digno de él.”

No es posible expresar lo que experimentaron al leer lo que antecede el padre y la hija. Se quedaron helados como si les hubiese soplado una calavera.

No se hablaron una palabra. Solo el señor Gillenormand dijo en voz baja, hablando consigo mismo:

—Esa es la letra del acuchillador.

La tia cogió el papel, lo examinó dándole vueltas y despues lo volvió á meter en la cajita. Entonces cayó al suelo, del bolsillo de la levita de viaje, un paquetito cuadrado envuelto en papel azul. La señorita Gillenormand lo recogió, lo desdobló y vió que eran las tarjetas de Mario. Tomó una y se la entregó á su padre. Este leyó: EL BARON MARIO PONTMERCY.

El viejo llamó y acudió Nicolasita. El señor Gillenormand cogió el cordon, la caja y la levita y los tiró al suelo, en medio de la sala, y dijo á la criada:

—Llévate esos guiñapos.

Pasaron una hora larga el padre y la hija entregados al más profundo silencio. El viejo y la soltera se sentaron dándose las espaldas y pensaban cada uno por su parte lo mismo probablemente.

Despues la señorita Gillenormand exclamó:

—Hemos quedado lucidos!

Algunos minutos despues apareció Mario. Volvia del baño. Al entrar en la sala vió que su abuelo tenia en la mano una de sus tarjetas.

Al verle, el abuelo exclamó con un aire de superioridad plebeya y burlona, que tenia algo de fulminante:

—Vaya! vaya! ahora eres baron. Te doy la enhorabuena. ¿Qué quiere decir esto?

Mario se ruborizó ligeramente y respondió:

—Eso quiere decir que soy hijo de mi padre.

El señor Gillenormand dejó de reir y le replicó con dureza:

—Tu padre soy yo.

—Mi padre, le contestó Mario, inclinando la vista y con gravedad, era un hombre modesto y heróico, que sirvió gloriosamente á la República y á la Francia, que fué grande en la historia más grande de la humanidad, que vivió un

cuarto de siglo en el campo de batalla, durante el día sufriendo las balas y la metralla y durante la noche la nieve, el lodo y la lluvia; que se apoderó de dos banderas, que recibió veinte heridas, que ha muerto en el olvido y en el abandono, y que solo cometió dos faltas en su vida: amar demasiado á dos ingratos, á su patria y á mí.

Mario dijo mucho más de lo que el señor Gillenormand pudiera oír con paciencia; al oír pronunciar la palabra *republicana* se levantó, ó por mejor decir, se enderezó de repente. Cada una de las palabras de Mario hizo en la fisonomía del viejo realista el efecto del soplo de un fuelle de fragua sobre un tizon encendido. El color de su rostro pasó de oscuro á rojo, de rojo á purpúreo y de purpúreo á llameante.

—¡Mario, eres una criatura abominable! exclamó. No sé lo que era tu padre ni quiero saberlo; no quiero saber nada. No lo sé! Solo sé que entre su gente no había más que miserables. ¡Eran todos ellos perdidos, asesinos, gorros rojos y ladrones! Repito que todos, aunque yo no conozco á ninguno. Lo oyes, Mario? Tú eres tan baron como mi zapatilla. Eran bandidos porque sirvieron á Robespierre, eran foragidos porque sirvieron á Buonaparte, traidores porque vendieron á su rey legítimo, y cobardes porque huyeron ante los prusianos y los ingleses en Waterlloo. Esto es lo que sé; si vuestro padre fué uno de ellos lo ignoro, y lo siento; tanto peor.

Ahora le tocaba el turno á Mario de ser el tizon y al señor Gillenormand el fuelle. Mario temblaba y no sabia cómo obrar; la cabeza le ardia. Era el sacerdote que vé arrojar al aire todas sus hostias; era el faquir que vé que un pasajero escupe á su ídolo. No podía persuadirse de que tales cosas se dijeran impunemente delante de él; pero ¿qué había de hacer? Humillaba y pisoteaba en su presencia á su padre un hombre; ¿pero quién era este hombre? Su abuelo. ¿Cómo había de vengar al uno sin ultrajar al otro? Le era imposible insultar á su abuelo, pero también le era imposible no vengar á su padre. A un lado veía una tumba sagrada y al otro cabellos blancos. Permaneció algunos instantes aturdido y vacilante, con un torbellino en su cerebro; despues levantó la vista, miró con fijeza á su abuelo y gritó con voz tonante:

—Abajo los Borbones! ¡Abajo el cerdo de Luis XVIII!

Luis XVIII había muerto cuatro años atrás, pero á Mario esto le era indiferente.

El viejo, que estaba de color de escarlata, quedó de repente más blanco que sus cabellos. Se volvió hácia el duque de Berry, que tenía encima de la chimenea, y le saludó respetuosa y majestuosamente. Despues pasó dos veces en silencio y con lentitud desde la chimenea hasta la ventana y desde la ventana hasta la chimenea, atravesando la sala y haciendo resonar el pavimento como si sobre él se pasease una figura de piedra. Al terminar el segundo paseo se inclinó hácia su hija, que asistía á esta escena asustada como una oveja, y la dijo sonriendo casi tranquilamente:

—Un baron como este caballero y un plebeyo como yo no pueden vivir bajo el mismo techo. Despues, enderezándose, pálido, tembloroso y aterrador, extendió el brazo hácia Mario y le gritó:

—Vete!

Mario salió de la casa.

Al día siguiente el señor Gillenormand dijo á su hija:

—Envía sesenta doblones cada seis meses á ese bebedor de sangre y nunca vuelvas á hablarme de él.

Mario también salió indignado de casa de su abuelo. Hubo una circunstancia que agravó su exasperación, que siempre hay alguna pequeña fatalidad que complica los dramas domésticos y aumenta los motivos de queja, aunque no aumente los verdaderos agravios. Nicolásita, al sacar precipitadamente por orden del abuelo los "guñapos" de Mario, dejó caer, sin advertirlo, en la escalera de la buhardilla, que estaba oscura, el medallon de taflete que encerraba el papel del coronel. Mario no pudo encontrar ni el papel ni el medallon, y se quedó convencido de que el señor Gillenormand, á quien llamó así desde aquel día, había arrojado al fuego el "testamento de su padre". Sabía de memoria las pocas líneas que el coronel escribió; por consiguiente nada importaba su pérdida; pero aquel papel y aquella escritura eran para él una verdadera reliquia, y le indignó que se los hicieran desaparecer.

Mario salió de casa de su abuelo, sin decir ni saber á dónde iba, con treinta francos, el reloj y alguna ropa que metió en un saco de noche. Subió en un coche de alquiler, que tomó por horas, y se dirigió á la ventura al barrio Latino.

Qué iba á ser de Mario?

LIBRO CUARTO.

Los amigos del A. B. C.

I.

Un grupo que estuvo á punto de ser histórico.

En aquella época, indiferente al parecer, corría por la atmósfera vagamente cierto estremecimiento revolucionario. Soplos que salían de las profundidades de 1789 y de 1792, cruzaban por el aire. La juventud (permítansenos la frase) estaba en el periodo de muda. Se transformaba, casi sin saberlo, por el movimiento del tiempo. Cada uno daba hácia adelante el paso que debía dar. Los realistas se hacían liberales y los liberales demócratas.

Era aquello una marea creciente, complicada con mil reflujos, y como es propio del reflujo mezclarlo todo, resultaban combinaciones de ideas singulares; se adoraba á la vez á Napoleon y á la libertad. Esto es pura historia; esos eran los espejismos de aquella época, porque las opiniones tienen sus fases. El realismo volteriano, que es una variedad caprichosa, tuvo por contrapeso extraño el liberalismo bonapartista.

Otros grupos de espíritu eran más razonadores: en ellos se sondeaba el principio; se buscaba el fundamento del derecho, se apasionaban por lo absoluto, se entreveían las relaciones infinitas, porque lo absoluto, por su misma rigidez, impulsa los espíritus hácia lo etéreo y los hace flotar en lo ilimitado. Nada hay como el dogma para promover la meditación, y nada hay como la meditación para engendrar el porvenir. Lo que hoy es utopía, es mañana carne y hueso.

Las opiniones avanzadas tenían un doble fondo. Un principio de misterio amenazaba "el orden establecido", el cual era suspicaz y receloso, signo altamente revolucionario. La intención secreta del poder se encuentra en la zapa con la intención secreta del pueblo. La incubación de las insurrecciones responde á la premeditación de los golpes de Estado.

No había aun entonces en Francia vastas organizaciones subterráneas, como el *tugendbund* alemán y el *carbonarismo* italiano; pero se iban ya ramificando algu-

nas minas oscuras. La *Cougourde* se bosquejaba en Aix; y había en Paris, entre otras asociaciones de este género, la sociedad de los amigos del A. B. C.

Esta sociedad tenía por objeto aparente la educación de los niños y por objeto real el mejoramiento de los hombres.

Los amigos del A. B. C. eran pocos; componían una sociedad secreta en estado de embrion; casi podemos decir que constituían una pandilla, si las pandillas pudiesen producir héroes.

Se reunían en Paris en dos puntos: cerca de los Mercados, en una taberna llamada *Corinto*, de la que nos ocuparemos despues, y cerca del Panteon, en un cafetin de la plaza de San Miguel, que se llamaba *el café Musain*, y que hoy ya ha desaparecido; el primero de los dos sitios de reunión estaba cerca de los jornaleros y el segundo cerca de los estudiantes.

Los conciliábulos habituales de los amigos del A. B. C. se celebraban en una sala interior del café Musain.

Esta sala, bastante apartada del café, con el que se comunicaba por un largo corredor, tenía dos ventanas y una puerta con escalera reservada, que salía á la callejuela de Grés. Allí fumaban, bebían y jugaban. Se hablaba de todo á gritos y de una sola cosa en voz baja. En la pared estaba clavado un antiguo mapa de Francia, del tiempo de la República, indicio suficiente para excitar el olfato de los agentes de policía.

La mayoría de los amigos del A. B. C. eran estudiantes que estaban en cordial inteligencia con algunos obreros. Hé aquí algunos de los principales, cuyos nombres pertenecen en cierto modo á la historia: Enjolras, Combeferre, Juan Prouvaire, Feuilly, Courfeyrac, Bahorel, Lesgle ó Laigle, Joly, Grantaire, etc.

La amistad de estos jóvenes les formaba una especie de familia. Todos eran hijos del Mediodía, excepto Laigle. Este grupo, que era muy notable, se ha desvanecido ya en las profundidades invisibles que están detrás de nosotros.

Al punto del drama á que hemos llegado, no será inútil hacer penetrar un rayo de claridad en aquella reunión de jóvenes, antes que el lector los vea sumergirse en la sombra de una aventura trágica.

Enjolras, el primero que nombramos, por el motivo que despues se sabrá, era hijo único y rico; joven simpático, capaz de ser terrible, y angelicalmente hermoso; era Antinoo encolerizado. Podría